



## FE Y POLITICA:

TODO ES POLITICO,  
PERO LO POLITICO  
NO LO ES TODO.

Leonardo Boff

*En este breve trabajo el P. Boff esclarece el sentido de los conceptos fe y política y las relaciones existentes entre ambas realidades. Está tomada del libro "La fe en la periferia del mundo", Santander, 1981.*

Cada vez es mayor el número de cristianos que, por causa de su fe, se comprometen políticamente y pretenden una transformación cualitativa de la sociedad. Y también, cada vez más se contempla la política no sólo como el campo de la lucha por el poder y la correlación de fuerzas, sino como una forma de "dar culto al único Dios", como lo expresa el documento final de Puebla (n. 521), en la medida en que la política significa la búsqueda común del bien común. Las posturas que la Iglesia ha asumido en los últimos años en defensa de los derechos humanos, especialmente de los pobres, su enraizamiento en las comunidades populares y, últimamente, su opción preferencial por la liberación de quienes padecen la injusticia, han agudizado el problema

de la relación entre fe y política. Los propios obispos han reconocido en Puebla el carácter conflictivo de esta toma de postura: "grupos económicamente poderosos que se consideraban líderes del catolicismo se sienten hoy como abandonados por la Iglesia, la cual, según ellos, se habría apartado de su misión espiritual" (N. 79). Otros acostumbrados a un cristianismo de prácticas cúl<sup>ti</sup>cās y devocionales, ya no entienden la dimensión profética y social que las expresiones de la fe han asumido en los últimos años. Una vez creada la confusión, se impone realizar un esfuerzo de esclarecimiento. La estrategia teórica, por consiguiente, consiste en tratar de reducir el complejo asunto a sus términos más sencillos, y establecer correcta articulación entre ellos, sin reducirlos unos a otros. Es lo que sugiere Aristóteles en la primera página de su Política. Comencemos por la categoría de la fe.

### 1.- ¿Qué es la fe?

En su sentido originario, la fe es un modo de ser mediante el cual la persona interpreta y vive la vida y la totalidad de las experiencias a la luz de un sentido supremo, que para las religiones es Dios y, para el cristianismo, el Dios encarnado en la figura histórica de Jesús de Nazaret. La fe, por consiguiente, guarda relación directa con Dios, y no con la política; define la dimensión trascendente del ser humano, no en cuanto agente social, patrono u obrero, blanco o negro, sino en cuanto ser humano capaz de trasgredir todos los tabúes y dimensionarse por encima de todas las determinaciones históricas (libertad y transcendencia). La fe no es tan sólo una actitud frente al sentido último de la vida. La fe posee también unos contenidos perfectamente definidos, como es el caso de la fe cristiana. Se habla entonces de la positividad de la fe judeo-cristiana. Así, pertenece al contenido material de esta fe la afirmación de Dios como comunión del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El amor y la comunión son las realidades fundamentales de lo Divino. Y deben serlo también, a *fortiori*, para todas las realidades creadas por la Trinidad. El Hijo se encarnó en nuestra pobreza; no fue un César, sino un obrero; predicó una increíble esperanza: el Reino de justicia, de amor y de paz que ya ha comenzado en la tierra y que tiene su culminación en el cielo; este su mensaje originó conflictos con todos los poderosos de sus tiempos, que

se sentían amenazados en sus privilegios; su muerte es un sacrificio por la causa del Reino, resultante del conflicto que él mismo provocó y que tuvo que afrontar en fidelidad a Dios y a sus hermanos. La resurrección pone de manifiesto la verdad de su causa y el triunfo del oprimido. El Espíritu que descendió de María, engrandeciendo infinitamente lo femenino, completa la obra de Jesús y actúa como fermento dentro de la historia, especialmente en la comunidad de los que siguen a Jesús. En una palabra, Dios amó de tal manera a los hombres que se hizo uno de ellos, privilegiando a los débiles y pobres de este mundo; y garantizó a cuantos se convierten un feliz desenlace, junto con la creación entera totalmente transfigurada en un mundo nuevo donde no habrá lágrimas y en el que imperará la justicia. Como se deduce del hecho de definir un sentido de los sentidos (el sentido supremo), la fe engloba y ordena toda la existencia, incluidas las prácticas políticas. En este sentido la fe hace también referencia indirectamente a la política. Por eso tenía razón Emmanuel Mounier cuando decía que "todo es política, pero la política no lo es todo".

## 2.- ¿Qué es la política?

Pasemos ahora a la política. En este terreno reinan múltiples confusiones, especialmente entre los cristianos. Es importante, por tanto, delimitar su campo semántico y discernir los diversos sentidos que la palabra "política" posee. Sugerimos el siguiente esclarecimiento, procurando ya desde ahora articularlo con el campo de la fe (y su forma organizada en términos cristianos, la Iglesia).

a) *Lo político* puede entenderse en tres sentidos: un sentido global que abarca todo lo referente a la sociedad (la *pólis* de los antiguos), como son el Estado (y sus aparatos), las instituciones civiles, los sindicatos, las organizaciones económicas, culturales y religiosas. En este sentido global la comunidad de fe (con su aparato eclesiástico, la jerarquía) pertenece a lo político; es un principio de organización comunitaria que incide sobre la totalidad social.

En sentido amplio, lo político lo constituyen las diversas concepciones (ideologías) de organización social, como

el capitalismo, el socialismo, el marxismo, la social-democracia...; cada una de estas concepciones tiene sus propias prácticas y proyecta su propia visión del hombre y la sociedad, de su felicidad (en el sentido aristotélico de Política) y de su futuro. La fe vivida en comunidad (Iglesia) participa de lo político porque posee y transmite su visión del mundo y del hombre y, a partir de ella, entra en una relación de crítica, de rechazo o de colaboración con otras ideologías políticas.

Según el sentido común, lo político es todo empeño en pro del bien común, como puede ser la promoción de la justicia, de los derechos humanos individuales y sociales, de la honestidad política contra toda corrupción, etcétera. En este sentido común, la fe posee una notable presencia en la política, porque en su ideario se privilegian los valores de la colaboración, la rectitud, la verdad, etcétera., que frecuentemente son explotados en función de una ética capitalista de acumulación privada.

b) *La política* es el campo de la actividad humana destinada a administrar o transformar la sociedad mediante la conquista y el ejercicio del poder del Estado. Esto es lo que han hecho en los últimos 200 años los partidos políticos, que poseen sus propias ideologías, programas, estrategias y tácticas. Según esta acepción, la política se define por relación al poder, no a la fe; por eso puede ejercerse la política sin que sea absolutamente necesaria la fe, aun cuando ésta pueda ser útil a aquélla, en el sentido de que puede moderar la tentación que todo poder tiene de absolutizarse. La Iglesia, concebida como aparato eclesiástico (obispos, sacerdotes, religiosos) no puede participar a título institucional; la fe no obliga a adherirse a un determinado partido (que no pasa nunca de ser un medio), pues existen siempre otros medios para actuar en la política. Además, el partido impone (y así debe ser) una disciplina, define unas tácticas y un tipo de obediencia necesaria; la fe no puede encuadrarse en tales parámetros si no quiere renunciar a ser un sentido supremo. En cuanto al laico cristiano, debe y puede, iluminado por la fe, hacer sus propias opciones políticas, aun cuando éstas no gocen del respaldo institucional de la jerarquía. Esta libertad le es garantizada por el Evangelio, pues éste no sólo posee una expresión oficial

(jerarquía), sino también personal.

c) *Politización* es el nombre que se da a toda actividad orientada a la educación del pueblo, en el sentido de la participación en términos globales o en términos de partido, en el sentido de la corresponsabilidad social, del espíritu crítico, etcétera. En este campo, la comunidad cristiana posee una eminente función pedagógica. Enseña que la búsqueda común del bien común es una exigencia ética de la propia fe y un medio para la anticipación del Reino de Dios, que comienza ya aquí, en la tierra. Es preciso que recuperemos el sentido positivo de esta palabra tan denigrada por espíritus autoritarios e individualistas, porque la participación política no es meramente espontánea, sino que ha de ser objeto de "educación".

d) *La politiquería* es la corrupción de la actividad política, cuando el aparato estatal o el poder social son puestos al servicio de los intereses particulares, de grupos o de clases sociales. La comunidad cristiana puede verse envuelta, en virtud de los privilegios que recibe, por los mecanismos de la politiquería. A lo largo de la historia, la religión se ha prestado muchas veces a legitimar poderes autoritarios e injustos; hoy, sin embargo, es cada vez más principio de crítica y de deslegitimación, en función de una sociedad más abierta y más participativa.

Como se deduce de lo dicho, la fe tiene su propia incidencia en la dimensión social y política. No se agota totalmente en lo social, sino que lo atraviesa, proyectando un sentido último del hombre y de la historia. Es importante articular ambas dimensiones, de forma que la fe revele su dimensión humanizadora y la política se realice como virtud (como mediación para la justicia) y no sólo como técnica del poder. En Puebla, los obispos lo formularon con una expresión fuerte y valerosa: "El amor de Dios... para nosotros, hoy, debe convertirse ante todo en obra de justicia para con los oprimidos y en esfuerzo de liberación de quienes más lo necesitan" (documento final, n. 327). Y la política es uno de los instrumentos más importantes del amor social.